

La recreación literaria de la historia: *Escipión el Africano* de Ross Leckie

Enrique MONTERO CARTELLE

Universidad de Valladolid
enrique@fyl.uva.es

Recibido: 11 de octubre de 2004
Aceptado: 17 de noviembre de 2004

RESUMEN

En este trabajo se lleva a cabo un análisis de la técnica literaria que emplea Ross Leckie para componer su novela histórica *Escipión el Africano*, mostrando la relación entre la historia y la ficción literaria.

Palabras clave: Novela histórica. Tradición clásica. Escipión Africano. Técnica literaria.

MONTERO CARTELLE, E., «La recreación literaria de la historia: *Escipión el Africano* de Ross Leckie», *Cuad. fil. clás. Estud. lat.*, vol. 25 núm. 1 (2005) 175-190

The literary recreation of history: Ross Leckie's historical novel *Scipio*

ABSTRACT

The object of this study is to analyse the literary technique used by Ross Leckie to compose the historical novel *Scipio*, focusing this analysis on the relation between history and literary fiction.

Keywords: Historical novel. Classical tradition. Scipio the Africanus. Literary technique.

MONTERO CARTELLE, E., «The literary recreation of history: Ross Leckie's historical novel *Scipio*», *Cuad. fil. clás. Estud. lat.*, vol. 25 núm. 1 (2005) 175-190

SUMARIO 1. Introducción. 2. La técnica literaria. 3. Las dos voces. 4. Las memorias justificativas. 5. La formación. 6. La prueba. 7. La acción. 8. La tesis. 9. La deformación de la historia. 10. Las fuentes. 11. Crear ambiente. 12. Consideración final. 13. Referencias bibliográficas.

1. INTRODUCCIÓN

*Escipión el Africano*¹ es la segunda entrega de una trilogía, cuya primera parte, *Yo, Aníbal, general de Cartago*, está dedicada a Aníbal. La tercera se titula *Cartago*.

Esta trilogía, que ha tenido un gran éxito de ventas y público, se centra en los enfrentamientos entre las dos potencias hegemónicas del Mediterráneo de la época republicana romana, Roma y Cartago. Para ello Ross Leckie aprovecha su formación en «Literatura Clásica» en la Universidad de Oxford².

¹ Barcelona, Emecé 1998. Citamos por esta traducción. La edición inglesa que utilizamos es *Scipio. A Novel*, Londres, Abacus 2002.

² La edición española dice «Literatura clásica» en la solapa del libro. En la edición inglesa en una página introductoria le llama «Classics».

2. LA TÉCNICA LITERARIA

En esta obra en concreto se hace una biografía novelada de la figura de Publio Cornelio Escipión (236-182 a. C.), llamado el Africano por su victoria sobre Aníbal en Zama (202 a. C.). La elección está bien justificada. En la figura de Publio Cornelio Escipión se sintetiza una de las familias aristocráticas de mayor abolengo romanas. Por otro lado, la actividad de esta familia marcó de manera decidida la vida tanto política como cultural de la Roma republicana por oposición a otras familias, como la de los Catones, representada en este caso por Marco Porcio Catón.

Para ello, frente a la narración en tercera persona, con todas las posibilidades que ofrece el narrador omnisciente que pretende, al menos aparentemente, la objetividad, utiliza R. Leckie una técnica bien conocida en la novela histórica³: la de las memorias, por supuesto, ficticias. De esta manera el lector sabe que el «yo» que narra expone «su» verdad y que por más objetivo que quiera ser, su visión será siempre subjetiva.

Dentro de esta técnica incorpora una variedad nada usual. Estas memorias están narradas con dos voces: la del propio Escipión y la de su secretario, Bostar, (que era un griego de Calcedonia, en Bitinia). Esta técnica tiene otra peculiaridad: como Bostar, además de secretario al que Escipión dicta sus memorias, es también su confidente, las dos visiones, las dos voces se imbrican mutuamente, dándole una unidad de conjunto notable. Por lo demás, las memorias son paralelas, de forma que podemos contemplar la vida de Escipión desde dos puntos de vista distintos, que acaban al final fundiéndose en uno sólo, pues la visión de Bostar no puede menos de ser apologética.

Sobre todo ello nos informa el autor en un prólogo titulado *Praelectio*, al modo de la introducción que hacía el profesor romano antes de la lectura y comentario de un texto literario⁴: «Estas son las memorias ficticias de Publio Cornelio Escipión, llamado el Africano... Como era costumbre en la época, he dado a Escipión un secretario ficticio... Lo que está a punto de leerse es lo que yo (dice Ross Leckie) imagino que Escipión dictó a Bostar. Pero Bostar es más que un simple amanuense y ésta es también su historia. Es amigo de Escipión, con todo lo que esto significa. Comenta, aclara, glosa... Así Bostar se turna con Escipión. La suya es una simbiosis de cosas que fueron y que pudieron haber sido, y de otras que aún podrían ser».

Ross Leckie se mueve así dentro de los parámetros habituales de la novela histórica, ya que ésta no busca la pura reconstrucción de un momento o de un personaje histórico. Para eso está la monografía histórica. La novela histórica parte de un elemento superior que va a dar nueva forma a todos los datos históricos: la ficción narrativa. Es un elemento nuevo distorsionador de todo el proceso de construcción de la novela histórica, pero fundamental para su construcción.

³ En este estudio se aplican los principios de análisis sintetizados en nuestro trabajo publicado en colaboración con M^a Cruz HERRERO, *De Virgilio a Umberto Eco*, por lo que aquí se obvian.

⁴ Cf. Quint. 1, 2, 15.

3. LAS DOS VOCES

Con todo ello el lector ya está informado de lo que se va a encontrar. En el desarrollo de la novela lo primero que salta a la vista es la diferencia fundamental entre las dos memorias paralelas que nos encontramos: la de Escipión, dentro de una cierta libertad, son unas memorias «históricas» dentro de la ficción, mientras que las de Bostar son unas memorias ficticias dentro de la historia. Es decir, Escipión nos cuenta su vida que está regida por unas fechas y unos datos perfectamente conocidos por la historia, y, respetándolos, deja volar su imaginación literaria para recrear hechos que nos son desconocidos, como, por ejemplo, la primera parte de las tres que tiene la novela, referida a la «Formación» de Escipión antes de iniciar su vida política (pp. 19-131). Por el contrario, Bostar, como personaje ficticio, puede contarnos una vida absolutamente ficticia, sin base histórica, como así ocurre, respetando solamente los datos históricos conocidos en los momentos en los que el autor implica su vida con la de Escipión e incluso tomando su relevo, cuando éste muere, y los sucesos posteriores sólo pueden ser relatados por su voz.

Esta doble perspectiva le da al autor la oportunidad de presentar la novela desde dos ángulos distintos:

a) por un lado, la vida de Escipión contada por él mismo tiene un tono marcadamente pedagógico y formativo, en el sentido de que va informando al lector de todos los pasos que sigue desde niño hasta su muerte, para lo que el autor tiene que instruir constantemente al lector sobre las peculiaridades de todos los aspectos de la vida romana que podrían producir extrañamiento o incomprensión de los hechos. En este campo el autor está sujeto a lo que sabemos del mundo republicano romano.

b) Por otro lado, el autor tiene plena libertad para introducir en la vida de Bostar todo lo que le parezca oportuno dentro de lo posible en el mundo antiguo. Así es cómo aparecen una serie de peripecias y aventuras: su primer servicio con Aníbal como cartógrafo, un largo viaje hasta Roma lleno de sobresaltos, su trabajo como pedagogo en Capua y su labor como secretario de Escipión durante veinte años. En este campo el autor muestra una gran libertad e imaginación literaria.

Pero como decíamos, estos parámetros generales, la historia y la ficción, no impiden que la voz de Escipión y la de Bostar contengan elementos de una y otra clase.

4. LAS MEMORIAS JUSTIFICATIVAS

La novela se inicia con la presentación por parte del Africano del juicio contra los Escipiones (Publio y Lucio, su hermano) promovido por Catón, cuyo resultado no sabremos hasta el final, poco después de la muerte de Escipión el Africano.

Tras este planteamiento, Publio comienza el relato de su vida, sin perder nunca la perspectiva de esta acusación, lo que le confiere a sus memorias una finalidad justificativa bien clara, como es habitual en este género, escribiendo sus memorias para defender las decisiones de su vida, como ocurría es el caso paradigmático de Claudio en las novelas de R. Graves⁵, cuya estela intenta seguir.

⁵ «Yo, Claudio» y «Claudio el dios». Cf. E. MONTERO, «Claudio, entre la historia y la ficción,» (en prensa).

La novela consta de tres partes equilibradas en extensión: «La formación», «La prueba» y «La acción», aunque las dos últimas resultan excesivamente breves para las acciones y el tiempo que abrazan.

5. LA FORMACIÓN

La voz de Escipión en la primera parte tiene un regusto pedagógico muy marcado y, al mismo tiempo, es muy imaginativa. Como no tenemos información sobre la vida del joven Escipión hasta que inicia su vida política, el autor la suple con los estudios de todo joven aristócrata del momento y presentándonos la vida familiar y romana a la luz de las primeras experiencias de un joven ante el mundo. Y aquí es donde la información pedagógica resulta agobiante. Página tras página de manera implacable aparecen con todo lujo de detalles la mayor parte de los *realia* del mundo romano. Así se inicia la información al lector con la cuestión (p. 28) «¿Imagináis lo que significa ser romano y Escipión?», lo que da pie para la presentación de esta gran familia y sus bienes. A continuación se explica la función de los cónsules (p. 32), la razón de ser de los clientes (p. 33), los nombres romanos (p. 36), las tumbas romanas, ejemplificadas con la traducción de una de las inscripciones de los Escipiones, el léxico para indicar las relaciones de familia (p. 40), la ley romana desde las XII tablas (p. 42), citando una de las más conocidas de la Tabla I: «*Si in ius vocat ito, ni it, antestamino, igitur em capito*. Si un hombre llama a otro al tribunal, tiene que ir; si no lo hace, llámelo como testigo y lo tendrá. Si un comerciante estafa a un cliente, sea declarado fuera de la ley...», los dioses (p. 459), el sistema educativo empezando por el *litterator* (p. 53), el aprendizaje del griego en las clases altas (p. 55), incluidos la descripción de los verbos irregulares, la fiesta de las Saturnales (p. 62), las calzadas romanas (p. 64), el aprendizaje de la aritmética (p. 69), las funciones del tribuno (p. 77), la descripción geográfica de Roma (p. 81-90), el parto y su diosa Lucina con la muerte de sobreparto de su madre, lo que le da ocasión para citar un poema de Simónides⁶ sobre la vida y la comparación entre la literatura griega y latina (p. 94), el segundo grado de educación, es decir, el *grammaticus* (p. 96 ss.), que explica el mundo mediterráneo a propósito del comentario del Himno a Deméter (p. 100-101), el aprendizaje político de la mano del historiador Fabio Píctor (p. 105; 113), el aprendizaje del arte oratorio, en el que es más importante cómo lo dices (la *elocutio*), que lo que dices (*res*), por eso debe tener tres rasgos: claridad, lucidez y armonía, que comporta el ritmo, el tono, la inflexión de la voz y, además, las figuras, lo que da pie para explicar la naturaleza del asíndeton y la prosopopeya (p. 117-120), exposición por parte de Fabio Píctor de la forma de gobernar (p. 126-127) utilizando el método mayéutico, etc.

En estas exposiciones sobre la vida y la cultura romanas muestra R. Leckie su formación en «Filología Clásica» recibida en la Universidad de Oxford. Sin embargo, a veces parece muy ajeno a ella por diversos motivos. Así, por ejemplo, sorprende que Catón en el Senado pida como pena por las acusaciones no criminales el garrote (*stran-*

⁶ Que corresponde al fragmento 521 de la ed. de David A. Campbell, *Greek Lyric Poetry*.

gulation dice el original inglés), como si de la España negra se tratase. En este caso el error del autor llevó a otro error del traductor.

Tampoco resulta muy apropiada la traducción de un epitafio de los Escipiones (p. 37), cuya elección, además, no parece muy afortunada ya que se trata del epitafio de M. Cornelio Escipión el Hispano, que fue pretor el año 139 a. C. (C.I.L. I.2, 15), por lo que es muy posterior a la época de la narración⁷. Pues bien, el texto latino es el siguiente:

*Virtutes generis meis moribus accumulavit,
Progeniem genui, facta patris petiei.
Maiorum optenui laudem, ut sibi me esse creatum
Laetentur: stirpem nobilitavit honor.*

La traducción de R. Leckie, en la que señalo entre paréntesis algunas discordancias notables, dice así: «He aumentado el mérito de mi raza (*virtutes generis*) con mis banderas en alto (*moribus meis*). He engendrado hijos. He seguido las hazañas de mis antepasados (*facta patris petiei + maiorum optenui laudem*) para que se regocijen de que haya nacido de ellos. El honor dignifica mi estirpe (*stirpem nobilitavit honor*)».

También es muy desafortunada la versión de las leyes de las XII Tablas de p. 42, en este caso por culpa del traductor. A la traducción de la Tabla I, se pega, como si de ella se tratase, este otro fragmento de la tabla VIII: «Si un comerciante estafa a un cliente, sea declarado fuera de la ley...», que corresponde a *Patronus si clienti fraudem fecerit, sacer esto*, donde el término «cliente» arrastra al de «comerciante» para traducir *patronus*, que es como el traductor vierte el inglés «*patron*».

Además, dejan anonadado al lector las dos etapas que se mencionan reiteradamente (p. 105, 113, 131, etc.) en la formación de Publio: el *triconium fori* (la política) y el *triconium militiae* (la militar), que resulta ser un *hápax legómenon* latino de Ross Leckie (y no del traductor), que quiere decir —suponemos— *tirocinium fori* y *tirocinium militiae*.

Es también curioso un lapsus a propósito de los bienes de Escipión (p. 28). Éste sujeta su túnica con un broche que dice «Es etrusco, de Preneste, tiene trescientos o cuatrocientos años de antigüedad, no tiene precio. Detrás lleva la inscripción *Manios med fhefhaked Numasioi*, protolatín que quiere decir *Manios me fecit Numerio*, Manio me hizo para Numerio», siguiendo luego una disquisición sobre su origen («Bostar opina que esta inscripción es de Calcedonia, un alfabeto griego adoptado por los latinos primitivos, quizá a través de los etruscos... de Cumas») y otras reflexiones interesantes, salvo por el pequeño detalle de que hoy sabemos con toda seguridad que esta inscripción es una falsificación moderna⁸.

Por lo demás, es cuestión de gustos la narración sobre su primera masturbación (p.124) o sus relaciones con una esclava a la que deja embarazada (desentendiéndolo-

⁷ Cito el texto latino y las explicaciones de A. ERNOUT, *Recueil de textes latins archaïques*, p. 21.

⁸ Cf. M. GUARDUCCI, «La cosiddetta Fibula Prenestina», pp. 413-574 y A. BLANCO FREIJEIRO, «Falsificadores de postín», pp. 121-128.

se de ello: p. 107), pero lo que sí sabemos que era denigratorio para un romano era la práctica del *cunnilingus* (p. 109), lo mismo que la homosexualidad entre adultos libres, como posteriormente se insinúa de Publio y su amigo Lelio (cf. p. 231)⁹.

Para evitar que esta larga lista de temas sucesivos resulten deshilvanados, el autor recurre, dentro del tenor general del proceso de formación del protagonista, a diversos procedimientos. Así hemos visto la pregunta sobre la importancia de ser un Escipión en Roma con la que se inicia la obra y que da origen a una explicación, o bien cuando nombran tribuno al padre de su amigo Lelio pregunta «¿Qué es un tribuno?», recibiendo la consiguiente respuesta (p. 77). La introducción de la fábula de Preneste se inserta dentro de los bienes que posee Publio y su familia, señalándolo como ejemplo: «Sí, tengo muchos objetos preciosos. Toco este broche de plata, por ejemplo, ...». Otras explicaciones están en boca de su padre como educador, como cuando lo lleva a dar un paseo para mostrarle el mausoleo de los Escipiones y allí leen el epigrama funerario ya comentado (p. 37) o bien son situaciones que Publio contempla en su día a día. Por ejemplo, «Cuando cumplí ocho años, se me permitió por primera vez estar detrás de mi padre, que se encontraba sentado en la sala principal de recepción, el *tablinum*, mientras, uno por uno, sus clientes se adelantaban a saludarle» (p. 33) e incluso se responde a sí mismo por ser algo de dominio común: «Llegué al lugar donde estaban la higuera, el olivo y la vid. Oí el gorgogeo del agua. Era el lago de Curcio. Conocía bien la historia. ¿Qué niño romano no la conocía?», a pesar de lo cual, no tiene inconveniente en contarla con pelos y señales (p. 89). En otras ocasiones es la enseñanza la que motiva la explicación, como lo hemos indicado con el *litterator* o el *grammaticus* y así en la p. 42 los ejemplos de la ley de las XII Tablas son una muestra de lo que tenía que aprenderse de memoria (p. 42), aunque extraña mucho su comentario: «Encontré el aprendizaje fácil. *Si in ius vivat, ito...*», lo que no debía ser tal, ya que la traducción no refleja la comprensión de este precepto, que alude a un procedimiento legal arcaico muy peculiar, ni traducir *patronus* por comerciante supone haber entendido de qué se trata, por lo que tampoco me parece verosímil el comentario final a ello: «Las leyes, más que nada, me parecen de sentido común». Menos mal que vienen las restricciones de la abuela, cuando señala: «Aunque también creo que uno de los dichos favoritos de mi abuela es cierto: ‘Lo que sé sobre el sentido común es que no es común’» (p. 42). De la misma forma se introduce la descripción de la gramática griega con todo lujo de detalles gramaticales (p. 56).

La voz de Bostar, por su parte, es la irrupción en la novela de la aventura, de la imaginación, después de comentar que es el secretario de Escipión, quien le va citando sus memorias, por cierto con una notable capacidad, pues se indica que es el inventor de la taquigrafía: «He perfeccionado un sistema de escritura del que me siento orgulloso. Lo llamo taquigrafía, pero Escipión piensa que debería llamarlo braquigrafía, del griego *brachys*, «breve», por oposición a *tachys*, «veloz», cuando en la antigüedad tal invento, o al menos una contribución decisiva en su perfeccionamiento, las célebres *notae tironianae*, se atribuye a Marco Tulio Tiron, el liberto, secretario y amigo de Cicerón. Comienza su relato desde la época en que era cartógrafo

⁹ Cf. E. MONTERO, «Marcial, ¿erótico?», pp. 129-149.

fo de Aníbal, al que abandonó cuando éste dejó Italia para defender Cartago. Así inicia un largo periplo a pie que le lleva a diversas peripecias, todas ellas curiosas, pues vive con unos campesinos, atraviesa la Italia devastada por Aníbal, se enfrenta a perros salvajes, es cogido prisionero por los soldados romanos, se enfrenta a la cárcel y a la justicia romana, para acabar de pedagogo en Capua. En medio de estas peripecias sus reflexiones son siempre las propias de un griego o de un pedagogo, pues ésta es su profesión, que contempla pasmado el mundo romano: se admira de las calzadas romanas (p. 64), ama los números (p. 68) y la geometría, citando de carretilla «Los Elementos» de Euclides (p. 70) o bien a Aristóteles, en su tratado *De memoria et reminiscentia* o bien a Platón a propósito de la memoria (p. 80; 84), que se acuerda de Sísifo y recita textos sagrados cuando pasa hambre (p. 90), que se defiende ante el magistrado aclarándole lo que es un oxímoron (p. 92) y admira los baños en Roma (p. 102), el mercado (p. 104), así como los banquetes (p. 116-126).

La voz de Bostar tiene una función importante. Sirve para interrumpir la constante y seguida exposición de Escipión de los aspectos culturales de la civilización romana que amenazan con ahogar el interés del lector. Por ello, de manera hábil, cada excursus de Escipión viene entreverado con la inserción de alguna de las aventuras y peripecias de Bostar, estableciendo de esta forma una doble dimensión de la que ambas voces salen beneficiadas gracias a la *variatio*.

6. LA PRUEBA

La segunda parte tiene otros escenarios y otras características. En ella se cuenta la llamada que su padre hace a Publio para que se reúna con él en la Galia, en concreto en las cercanías de Marsella, como parte de su estado mayor, con el fin de iniciarle en la guerra.

En estas circunstancias la voz de Escipión narra el viaje a la Galia, acompañado de un centurión de la confianza de su padre. La instrucción comienza en ese momento mismo de la mano del veterano centurión, que le va explicando las características de las vías romanas, como la Flaminia y la Salaria (p. 141), la técnica de montar a caballo (p.142), el pago de los servicios públicos de las postas (p. 143), los sucesos de Sagunto que dieron origen a la segunda guerra púnica (p. 142) y sobre todo las características internas del ejército romano: recluta, *ordines* dentro de la legión, caballería, distintas tácticas militares (p. 130 ss.), organización de la legión (p. 157 ss.), el papel de la marina (p. 164), la organización de la caballería, los honderos baleáricos (p. 19), la construcción del campamento romano (p. 194-195). Después, una vez entregados a su padre los despachos que lleva Publio con la declaración de guerra a Cartago, comienza la búsqueda infructuosa de Aníbal, que estaba cruzando los Alpes, hasta el regreso a Roma y la siguiente descripción de las acciones bélicas en Italia, vistas desde los ojos de Publio, que recibía las noticias en Roma. La batalla de Ticino (p. 208-211), Trebia (p. 229), y Trasimeno (p. 240), el año 218 a de C., así como la preparación de Roma para la llegada de Aníbal, que se detiene en Capua, el desastre de Cannas (p. 248 ss.), el año 216 a. de

C., en el que ya participa Publio formando parte del estado mayor del cónsul Cayo (quiere decir Gayo) Terencio Varrón, representante de los «populares», presentado, de acuerdo con la tradición historiográfica de Polibio (amigo y protegido de Escipión Emiliano, nieto de Emilio Paulo) y Tito Livio (admirador también de este personaje: cf. XXVI, 19 y XXXVIII, 50-60) como un demagogo cobarde y fanfarrón frente al otro cónsul Lucio Emilio Paulo, representante de la aristocracia. En todo ello toma especial relieve el papel de Fabio Píctor por su peso en el senado, a la par que como historiador, que por aquel entonces escribía su historia y leía «a Heródoto o a Tucídides, para mejorar su estilo» (p. 223).

Toda esta larga descripción, en la que se sigue a Tito Livio, sobre todo en las descripción de las batallas, puestas en boca siempre de testigos de los hechos, tiene una finalidad muy definida: Publio va tomando nota de los fallos de material, organización y táctica del ejército romano, así como de las innovaciones de Aníbal, para ponerle remedio después. Este enfoque en la figura de Publio le lleva al autor a meterlo en todos los fregados y a darle excesivo protagonismo en la batalla de Cannas, contra la imprudencia del cónsul, aunque efectivamente fue muy valeroso en la retirada que da lugar a la tercera parte de la novela.

Por el contrario, la voz de Bostar toma otro cariz, desde el momento que entra en Capua en la casa de un magistrado como pedagogo de sus hijos que son unos calaveras. Su narración, igualmente entreverada con la descripción bélica, cuenta ahora su acomodo en Capua, donde descubre en la pensión en la que se establece un hijo de una romana y de Aníbal (concebido durante su estancia en Capua) llamado, para que el lector no se despiste, Hannón (p. 39). Después narra su labor pedagógica con los hijos de un magistrado utilizando el método socrático, lo que da pie para introducirnos en variados temas como el juego y la prostitución, en particular la sagrada, la religión, la ley y la medicina (p. 159-168), la aritmética a través de Pitágoras (p. 183. 184) o el sistema de escritura latino (p. 176). Desde la perspectiva del lector, Bostar toma de esta manera el relevo a la función pedagógica de los preceptores de Publio en la primera parte. No obstante, hay que reseñar que su papel se va diluyendo cada vez más a medida que cobran importancia y rapidez los sucesos bélicos de la segunda guerra púnica, lo que sucede de una manera definitiva a partir de la mitad de esta parte (p. 185-267).

7. LA ACCIÓN

La tercera parte, «La acción», tiene un aspecto decidido de premura. En unas noventa páginas se narran todos los sucesos de Roma, en los que Publio es la figura hegemónica hasta su muerte, y eso contando que de ellas cerca de treinta se dedican a la hazaña de Publio llevando a Roma unos pocos soldados del ejército romano vencido en Cannas (aunque nada se dice de la mayor parte del ejército recogida por el cónsul Terencio Varrón y llevada a Roma). Publio en Roma recibe la corona cívica de manos de Fabio Píctor, cuyo significado se explica (p. 302) y es nombrado edil, cuando «por lo menos me faltaban cinco años para tener la edad. Nadie me

había hablado de elecciones. ¿Era la voluntad del pueblo? ¿Nadie se había opuesto?» (p. 302). A continuación se describe rápidamente la febril actividad de preparación bélica en Roma, en buena parte dirigida por Publio, y la salida de la expedición a Hispania de su padre y de su tío, las noticias de su derrota a manos de Asdrúbal (p. 303-324). Entonces comienzan las innovaciones de Publio como estratega, la reforma de la armadura y equipo del ejército, la formación de los campamentos diarios, el sistema de comunicaciones en las batallas que propone a un Fabio Píctor atónito, al que se le da un relieve inusitado, (p. 325-26), pero que se decide a aceptarlas ante las noticias de la alianza entre Aníbal y Filipo de Macedonia. Es entonces cuando el senado aprueba la invasión de Hispania por Publio que sólo contaba con unos 25 años (y, a pesar de no haber seguido la trayectoria del *cursus honorum* le dan el título de próconsul el año 213, aspecto del que no se informa al lector), quien inmediatamente lo primero que hace es reunir un ejército en Roma y en el primer discurso le lanza todas sus ideas de reforma del ejército y la táctica militar (p. 331-332) y, otra vez, de las señales (p. 333-335). A continuación y de modo más precipitado todavía (sin decirnos nada de las múltiples complicaciones y peripecias que nos cuentan Polibio y Tito Livio) asistimos a la descripción, en boca de Publio, de la toma de Cartagonova (p. 336-337), la batalla de Bécula (p. 341-342), la de Ilipa (o Silpia) (p. 346-348), el regreso a Roma, donde, como si del descanso del guerrero se tratase, se dedica a aprender las artes griegas: escultura, objetos valiosos como una clepsidra artística y la perfumería (p. 352-356), para, en unas líneas, indicar que Aníbal había tomado Tarento y se había decidido enviarlo a él a África para atraer a Aníbal. Luego en menos de cuatro páginas nos cuenta directamente el sitio de Útica y la batalla de Zama (202 a. C.) de una manera muy simplificada y sin las complicaciones que hubo, lo que significó la ruina de Aníbal, momento en el que termina la voz de Publio.

Estos hechos en su mayoría de tipo militar aparecen narrados como consecuencia de su nuevo sistema de armamento, táctico y, sobre todo, del sistema de comunicaciones, como sabemos que sólo en parte así ocurrió. Sin embargo, no se nos cuentan cosas importantes como su elección como cónsul el año 205 antes de ser enviado a África ni con qué cargo fue enviado antes a Hispania, ni después los problemas del año 190, cuando se le mandó contra Antíoco pero no podía recibir el cargo de cónsul, porque ya lo había sido el 194 y no habían pasado los 10 años que exigía la ley, ni en qué situación le acompañó su hermano Lucio.

Por otro lado, los breves momentos en los que cambia de tema para mostrarnos aspectos de la vida romana no comentados antes, resultan poco creíbles, como la discusión sobre la naturaleza del arte con un tratante de arte griego y la ignorancia de Escipión, probablemente uno de los hombres más cultos de su época y bien conocido por su afición a la cultura griega, sobre esta materia:

«- Es una copia, pero muy buena —dijo por fin Teógenes—. La mandó hacer el rey Hierón.

—¿Una copia de qué?

—Del *Apoxyomenos* del gran escultor Lisipo.

—¿Lisipo? Háblame de él». (p. 353)

De la misma manera en la página siguiente el mismo tratante le tiene que explicar a Publio que el ámbar gris procede del cachalote (según la creencia antigua).

Ante el ritmo trepidante de los acontecimientos, la voz de Bostar en esta última parte queda ahogada. Tiene pocas y breves intervenciones para dar a conocer la muerte de su hermano Lucio (p. 297), el recurso de la apelación de Catón contra la sentencia absolutoria para Publio (p. 297), el agravamiento de su enfermedad (p. 311; 321; 322-323; 330), la muerte de una esclava (p. 348). Sólo la última es larga y con razón (p. 360-364): nos narra la muerte de Publio, sus disposiciones testamentarias, pero en particular le sirve a Bostar para hacer balance de su vida en el plano personal, cultural, político, añadiendo los hechos posteriores adonde no llegaba la narración de Publio como la campaña de Macedonia, cuando derrotó a Filipo o posteriormente la de Siria, en la que derrotó a Antíoco (campaña en la que le había acompañado su hermano Lucio, por la que recibió el sobrenombre El Asiático), para terminar con una relación de los diez cargos que Catón (en realidad, los tribunos de la plebe) planteó en el senado contra él y que se sintetizan en haber actuado siempre por encima de la voluntad del Senado (*cf.* Tito Livio, XXXVIII, 51).

Sólo en una ocasión las dos voces se interrelacionan para unir la vida de Publio con la de Bostar, producto de una admiración mutua que no se expresa en este momento pero se advierte: primero Publio nos cuenta cómo conoció a Bostar al juzgar a su anterior amo por colaboración con Aníbal en Capua y Bostar, a su vez, nos informa cómo Publio le pidió a su amo que le cediera a Bostar y éste accedió a servirle.

Lo que ya no tiene mucho sentido, aunque sea un simple procedimiento literario, es que el encargado de decir la última palabra en el Epílogo (p. 365-366) sea Hannón, el hijo «romano» de Aníbal en Capua, recogido por Bostar y enviado a Calcedonia, noticia que se da con certificado, por si algún lector no se lo creyera: «Yo soy Hannón, el hijo de Aníbal, al que no he conocido. Bostar me lo dijo en Capua y mi madre, sollozando, confirmó que era cierto». La misión que tiene este extraño personaje es la de contarnos que el veredicto del proceso contra los dos Escipiones (en realidad fueron dos procesos distintos, uno contra Publio, del que fue absuelto, y otro contra Lucio, que fue condenado a pagar una gran multa (*cf.* Tito Livio, XXXVIII, 50-60) fue absolutorio y que Escipión se murió poco antes del veredicto final, pues éste, humillado por las acusaciones a las que estaba sometido, se había retirado a su finca de Liternum en Campania, declarando que no quería ser sepultado en la ingrata Roma. Pero la razón es otra. Este hijo bastardo de Aníbal, junto al hijo también bastardo de Escipión (tenido con una gala), serán los protagonistas de la tercera novela de la trilogía, *Cartago*, en la que también reaparece Bostar tratando de evitar, como legado recibido de Aníbal y Escipión, la guerra final. En *Cartago* la ficción toma ya decididamente el lugar de la historia.

8. LA TESIS

Tenemos, pues, dos voces que se refieren al mismo objeto: la de Publio es la voz subjetiva del propio autor que justifica su vida ante las acusaciones de Catón; la de Bostar le sirve de contrapunto y sirven para apuntalar, teóricamente de una manera

objetiva, las opiniones de Publio. De esta forma el lector ve apoyadas las tesis de Publio por medio de las de Bostar, de manera que se ve abocado a aceptarlas sin medios de defenderse. No sin razón el autor, que ha inventado esta amistad para apoyar a Escipión, introduce entre las acusaciones de Catón como nº IX la siguiente: «Que tenía un compañero inusual, un tal Bostar de Calcedonia, que ni siquiera era ciudadano y al que revelaba todos los asunto de Estado» (p. 363), acusación sin sentido salvo para los intereses de la estructura y de la construcción de la novela.

En este sentido hay un párrafo que resume la opinión de Bostar sobre Publio, que resulta muy esclarecedora: «En el hombre que yace enfermo en la cama, delante de mí, veo a un joven al que se le ha denegado la juventud y, como resultado, a un hombre de gran talla intelectual, pero no emocional. Lo amo por lo que ha perdido, por todas las cosas que no le sucedieron y por las que nunca le sucederán. Al haber perdido su juventud, ni siquiera parece acusar las heridas de la edad. Nunca, por ejemplo, tendrá en brazos a un nieto, y eso es una herida para los romanos y su agudo sentido de lo que ellos llaman memoria. Su vida parece meteórica y veo ante mí al romano más grande que ha vivido nunca, aunque vivió a pesar de sí mismo, enfurecido y confuso, huyendo de sí mismo, fustigado por alguna oscura vergüenza. Adicto a la guerra, presa de un dolor inconfesado, Escipión perdió hace tiempo la capacidad de vivir en paz. Ahora podría tener tiempo de buscarla, pero ningún camino vuelve al jardín de nuestra juventud cuando ésta se ha ido» (p. 328).

Ésta es, pues, la tesis de R. Leckie: resaltar la peculiar personalidad de Publio Cornelio Escipión. Pero en este caso no va contra la historia, como hizo R. Graves con su Claudio. Por el contrario, R. Leckie va a remolque de las fuentes antiguas que utiliza, pues tanto Polibio como Tito Livio destacan la personalidad fuera de serie de Publio que hizo historia como símbolo de las virtudes de un pueblo y de una época, presentando a sus detractores como personajes antihistóricos.

9. LA DEFORMACIÓN DE LA HISTORIA

Por si las acusaciones contra el Escipión no hubieran quedado suficientemente desmontadas a través de las memorias de Publio, confirmadas por las de Bostar, el autor se encarga de desinformarnos a lo largo de toda la obra desacreditando a su promotor, Catón. Es histórica efectivamente la lucha entre ambas familias y la diversidad de talante de Catón, que representa los valores que forjaron la Roma antigua, austera, campesina, fuerte y de Publio Cornelio Escipión, que representa la Roma moderna, cosmopolita, comercial, enamorada de la cultura griega, pero la autodefensa de Publio (en boca de R. Leckie) no puede utilizar golpes bajos y presentar a Marco Porcio Catón como un campeón de la mala intención y de la mala educación, por más que algunas de las cosas de las que se le acusan sean ciertas en el fondo. Desde el primer momento ésta es la impresión que se quiere dar. Nada más comenzar el Prólogo (p. 15-16) y poner en escena a los senadores entrando en el senado, se presenta a Catón, promotor del juicio contra Publio así: «Podía percibir a Catón, percibía su olor mientras llegaba, como siempre, en último lugar. Me había prome-

tido no mirarlo. Pero cuando pasó, nuestras miradas se cruzaron. Vi odio en sus ojos azul aguamarina (¿quién podía dudar de su bastarda sangre celta?), bajo aquellas cejas salientes, y la testa de rústico, gacha y calva» y cuando va a tomar la palabra, se le describe así: «Catón, con su cojera de cangrejo, avanzó desde los bancos hasta una tribuna que había a nuestra derecha. Dice que lo hirieron en una guerra. Yo no lo he visto en ninguna, y en esta época no ha habido guerra en la que yo no haya participado. Creo la anécdota de que en realidad fue coceado por una mula. Así se rompió la cadera. Vaya piojo, pensé. Casi no se le ve encima del antepecho de la tribuna desde la que lanzará su acusación. Qué voz tan vulgar. Después de tantos años en Roma habla todavía como una verdulera». Con tal presentación el lector queda ya predispuerto en su contra de la misma manera que queda predispuerto a favor de Publio, al que en la *Praelectio* precedente se presenta como el hacedor de la grandeza romana e impulsor de la adopción de la cultura griega, a la que Roma le debe todo: «A esa fusión debemos nuestras leyes, nuestro arte, nuestra ciencia, nuestra arquitectura y nuestra literatura, gran parte de nuestro idioma y nuestro sistema de gobierno, y lo mejor (y parte de lo peor) de lo que somos», visión transnochada del romanticismo del s. XIX, tal como se enseñaba en el Oxford clasicista, y que deja al lector con la duda de si los romanos aportaron algo a la cultura occidental. Menos mal que poco después, insistiendo en lo mismo, porque Catón considera a Publio «helenófilo y no un verdadero romano» (p. 24), se reconoce algún mérito a Roma: «Pero sólo nosotros tenemos el poder, gracias a la guerra, de hacer la paz. Y es durante la paz, no durante la guerra, cuando los pintores pintan, los tejedores tejen y los poetas pulen sus versos», lo cual deja todavía más perplejo al lector. Ésta es la perspectiva en la que aparece Catón todas las veces que interviene, que por el desarrollo de la trama, aparece ya mediada la novela, cuando Fabio se lo presenta a Escipión. En este momento Catón dice unas palabras a Fabio, que no lo entiende debido a su acento, lo que da pie a Publio para soltar la primera pulla: «Ah, El acento. Catón es tusculano, aunque ha pasado gran parte de su vida en la tierra de los sabinos. —Sí, era fácil de entender, pensé (Publio). Criadores de cerdos, sin duda» (p.226). Después de esta primera impresión, la conversación no fue más agradable, pues, cuando Fabio felicita a Publio por haber salvado a su padre arriesgando su vida, Catón aparece metiendo la pata: «A mí me parece, señor, que considerar meritorio el valor no es lo mismo que menospreciar la vida», acompañando esta frase de una falta de urbanidad, «Estornudó con fuerza y se limpió la nariz con la manga», por lo que Fabio tuvo que echarle un capote diciendo «Ah, un gnomon —señaló Fabio, con nerviosismo, según me pareció», por lo que Publio comenta «Yo estaba demasiado asombrado por la mala educación de Catón para saber qué decir... Aquel Catón no sabía ni hablar latín, con que no digamos el griego y probablemente tenía mierda de cerdo bajo las uñas... o en los sobacos». Poco después (p. 237), cuando leen el informe de la violación de la mujer de Aníbal en Trebia por parte de los soldados romanos, lo que podría traer graves consecuencias, ante la emoción, nos cuenta Publio, «la voz de mi padre (que era quien leía) se quebró», pero la postura de Catón no tiene desperdicio: «En medio del silencio, Catón se tiró una ventosidad. Estaba a mi derecha.

—La muy puta seguro que suplicó para que se la jodieran —dijo con indiferencia... —¡Salvaje! —gritó Fabio—. ¡Sal de esta habitación y de esta casa...». Posteriormente se le presenta como responsable de corrupción por una contrata de las botas de mala calidad del ejército en un larga discusión con Publio cuando era edil (p. 312-314). Después de antihelenista (p. 317; 335), inflexible (p. 350), opositor a la concesión del triunfo y el título de el Africano a Publio por su vistoria en Zama e incluso sospechoso de llegar a intentar falsificar el testamento de Publio, si tuviese ocasión (p. 362). Con todo ello naturalmente las acusaciones promovidas contra Publio por arte de Catón (porque en realidad fueron obra de los tribunos de la plebe) pierden toda su fuerza ante el lector, que ante esta situación no puede prestar crédito alguno a Catón.

Esta es otra de las técnicas que Leckie utiliza para apoyar las memorias de Publio y las de Bostar.

La verdad es que la oposición a Publio se dirigía contra la posición de privilegio y predominio en la política romana del momento, que hacían temer una dictadura a muchos romanos, liderados por Marco Porcio Catón y, por otro lado, eran el reflejo de los distintos idearios políticos y económicos de otra parte de la aristocracia romana.

En esta postura R. Leckie se dejó llevar por las fuentes, que son fundamentalmente Polibio, un protegido de P. Cornelio Escipión Emiliano en su estancia en Roma entre los años 167 y 150 a. de C., y Tito Livio, al que sigue más de cerca en general. Estas han sido siempre más favorables a Escipión que a Catón. En este caso, Ross Leckie utiliza las dos fuentes básicas que tenemos, Polibio y Livio, los cuales valoran a los Escipiones muy por encima de los demás. Las fuentes latinas en general suponen una visión personal e interesada de los hechos. A nadie se le escapa el partidismo de César, Tácito, Suetonio, Amiano Marcelino, etc.

10. LAS FUENTES

Pero también la utilización de las fuentes como Tito Livio, en mucho mayor grado que Polibio, explica el interés marcadamente político-militar de esta obra. Los historiadores latinos en general y Livio en particular se interesan principalmente por los aspectos políticos y militares, dejando en penumbra los aspectos sociales y económicos del mundo romano, que son precisamente temas de mayor relieve en la historia moderna.

También es conocido que la historiografía antigua tiene muchas variedades en su manera de hacer historia y pueden influir en el novelista que accede a ellas. Es normal el interés por personajes individuales «que hacen la historia» más que por la sociedad en su conjunto. Publio Cornelio Escipión el Africano se prestaba bien a ello.

Por otro lado, la llamada historiografía pragmática, que es la que practicó Polibio y la que predominaba en Roma, sobre todo en época imperial (piénsese en autores como Livio, Tácito, A. Marcelino), es responsable en buena medida del carácter personalista que presenta la novela. Aunque existían otros tipos de historiografía, la historia de personajes destacados fue la de mayor interés en Roma. Pero además este tipo de historiografía quería hacer de la historia *magistra vitae*, poniendo en candelero las

conductas a imitar y los comportamientos a evitar como indican muchos de estos autores en sus prólogos. Esta postura la sintetiza perfectamente T. Livio en el Prefacio a su obra y Leckie participa plenamente de ella con la presentación de su Escipión. De hecho la semblanza que Tito Livio en XXVI, 19 realiza de Escipión es un tributo de rendida admiración y su postura es la misma a la hora de contarnos los procesos contra los dos Escipiones en XXXVIII, 50-60.

Ahora bien, cuando decimos que sigue a estas fuentes, nos referimos al tenor general de los hechos, los datos y las situaciones, porque R. Leckie gusta de presentar las cosas a su manera, incluso cuando tenemos testimonios precisos. Valga como ejemplo extremo la conversación que mantuvieron Aníbal y Escipión solos frente a sus ejércitos antes de la batalla de Zama. La recreación de R. Leckie (p. 358-359) resulta pobre, si no prosaica, frente a la grandiosidad de los discursos que nos presentan tanto Polibio (XV, 6-8) como T. Livio (XXX, 29-31).

También debe reseñarse, para terminar, que el influjo de la retórica en la historia hace que los historiadores se vean tentados a enfocar los hechos escuetos de manera que resulten más atractivos e impresionantes sucesos que de otra manera hubieran resultado desvaídos. El enfoque de los hechos, la forma de presentarlos (discursos, cartas, memorias, *excursus*), y su estilo tienen a menudo explicación en esta perspectiva. Muchos de estos procedimientos han entrado directamente de las fuentes antiguas en esta novela de R. Leckie.

11. CREAR AMBIENTE

Hay, por último, un procedimiento habitual en esta novela que trata de dar verosimilitud y aire romano a las situaciones. Se trata de situar las escenas en el mundo romano utilizando expresiones latinas siempre convenientemente traducidas a continuación.

Las frases desempeñan diversas funciones. Pueden servir para explicar el nombre de una familia: «Mira nuestro nombre. Quiere decir báculo. El abuelo de mi tatarabuelo era ciego. Su hijo Cornelio fue su báculo (*patrem pro baculo regebat*), dice nuestra historia» (p. 28), el lema de Publio *potest quia posse videtur* que aplicará en todas las situaciones (p. 57; 293), la función de la memoria *memoria est thesaurus omnium rerum et custos* (p. 88), el lema de Fabio *vita vigilia est* (p. 127), los encabezados monótonos de los informes del cónsul al senado: *Tiberius Gracchus Sempronius, Coss. (=cos.), Pr., Aed., Tr., Pl., Senatui Populoque Romano. Ego exercitusque valemus...*, la forma de dirigirse al senado *patres et (?) conscripti* (p. 15; 229), o bien una cita de su «amigo Ennio» *Ducunt volentem, nolentem trahunt* de Publio para meterse a sí mismo entre los buenos caudillos.

Es, por lo demás, habitual la explicación de nombres latinos (y a veces griegos) que sirven para introducirnos en el conocimiento de una costumbre, institución o hecho romano, como *familia* y los términos de relaciones familiares (p. 40), penates y lares (p. 47), las Saturnales (p. 62), los términos gramaticales y retóricos que hemos comentado, la razón del nombre *Via Flaminia* y *Via Salaria* (p. 141), de *Gallia comata* (p. 142) o la etimología de *exercitus* (p. 208), etc.

En otras ocasiones, las menos, se reconocen frases célebres sin indicación de su origen. Así, por ejemplo, cuando Publio, al final de su vida, se pone a recordar la injusticia que supone estar sometido a juicio por Roma, después de todo lo que hizo por Roma, comenta «Las injusticias de la vida, sus absurdos, zumban en mi cerebro como moscas, fétidas y negras. He vivido la vida intensamente y ahora conozco las lágrimas de las cosas» (p. 16), deja escapar esta última frase de Virgilio¹⁰ (que vivió mucho después), al que Publio no puede citar y que resulta incomprensible si se desconoce su procedencia.

Pero quizá lo más curioso por inusitado son los diálogos. Dejando de lado pequeños saludos con el típico *salve* o *salvete* (p. 311; 316), en ocasiones el diálogo cobra más vuelos. Así se reconocen, con poca cautela, por cierto, mutuamente entre los arbustos Publio y algunos soldados dispersos tras la derrota de Cannas (p. 272), con un latín más de bárbaros que de romanos:

«—*Quis istic est* —dije—. ¿quién anda ahí?...
 —*Quis etiam es?* —replicó una voz—. ¿Y tú quién eres?
 —*Publius Cornelius Scipio sum* —respondí con claridad—. *Servo* (es decir, *servio senato populoque romano*, a juzgar por la traducción que sigue) *senatum populumque romanum*. Servidor del Senado y del pueblo de Roma..
 —*Scipio! Immo vero, milites romani sumus*. ¡Somos soldados romanos!
 —Entonces salid.»

Para el encuentro de Bostar con los soldados romanos también se recurre a latín (p.73):

«—*Quis estis?* ¿quién eres?, preguntó el más alto» (con un plural que no se justifica), a lo que contesta Bostar —*Non armatus sum*— dije, levantando los brazos. No estoy armado...»

El procedimiento, sin embargo, a veces choca, como, por ejemplo, en la descripción de la batalla de Cannas solamente se utiliza el latín para avisar de la llegada del enemigo: «*Poeni, poeni* —decían los gritos nerviosos de los exploradores, a quienes oímos antes de que llegaran a nuestra altura—, ¡púnicos, punicos!»

12. CONSIDERACIÓN FINAL

Estamos, en conclusión, en una novela construida con la técnica de las memorias y con una tesis muy clara, la justificación de la figura histórica de Publio Cornelio Escipión el Africano, defendida por dos voces: la subjetiva del propio Escipión y la más objetiva, aparentemente, de su secretario Bostar. Publio Cornelio Escipión fue, en verdad, uno de los romanos más importantes de la República romana, que llevó a

¹⁰ *Aen.* I, 462.

Roma bajo su dirección al dominio del mundo de su época en el aspecto militar, político, económico y cultural (en este sentido R. Leckie sigue las fuentes), en contra de los empeños de sus enemigos como Marco Porcio Catón, de visión mucho más limitada históricamente que él (al que R. Leckie presenta de manera antihistórica). A pesar de ello, fue llevado ante los tribunales por sus enemigos políticos, lo que le dolió profundamente. Escipión lo tomó como la mayor ingratitud posible, e, incapaz de aceptarlo, se alejó de Roma para no volver, muriendo probablemente a consecuencia de ello. Pero a propósito de este personaje emblemático R. Leckie, mediante la técnica de las memorias, nos mete por inmersión en la cultura y la civilización del mundo latino, aunque con errores y anacronismos indignos de una persona con formación clásica. Por ello esta novela puede resultar instructiva, ya que al recrear el mundo romano, lo que se está mostrando es la manera de ser de la naturaleza humana, que es sustancialmente la misma en todas las épocas.

13. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BLANCO FREIJEIRO, A., 1981, «Falsificadores de postúm. El timo de la fíbula de Preneste», *Historia 16* VI n° 62, pp. 121-128.
- CAMPBELL, D. A., 1982, *Greek Lyric Poetry*, Exeter 1982.
- ERNOUT, A., 1966, *Recueil de textes latins archaïques*, París.
- GUARDUCCI, M., 1980, «La cosiddetta Fibula Prenestina. Antiquari, eruditi e falsari nella Roma dell'ottocento», *MAL* 413-574.
- LECKIE, R., (2002) 1998, *Scipio. A Novel*, Londres.
- LECKIE, R., 1998, *Escipión el Africano*, Barcelona.
- MONTERO CARTELLE, E., 2004, , «Marcial, ¿erótico?», en *Hominem pagina nostra sapit. Marcial, 1900 años después. Estudios XIX Centenario de la muerte de Marcial*, Zaragoza 2004, 129-149.
- MONTERO CARTELLE, E., 2005, «Claudio, entre la historia y la ficción,» *Ideas* 5 (en prensa).
- MONTERO CARTELLE, E. y HERRERO INGELMO, M. C., 1992, *De Virgilio a Umberto Eco: la novela histórica latina*, Madrid.